MEYRINK

El cardenal Napellus

La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

A diferencia de su contemporáneo, el joven Wells, que buscó en la ciencia la posibilidad de lo fantástico, Gustav Meyrink la buscó en la magia y en la superación de todo artificio mecánico. "Nada podemos hacer que no sea mágico", nos dice en "El cardenal Napellus"; sentencia que hubiera aprobado Novalis. (…) Albert Soergel ha conjeturado que Meyrink empezó por sentir que el mundo es absurdo y que por consiguiente irreal. Estos conceptos se manifestaron primeramente en libros satíricos; luego, en libros fantásticos y atroces. Los tres relatos reunidos aquí prefiguran su obra capital, El Golem…

Jorge Luis Borges

Gustav Meyrink

El cardenal Napellus

La Biblioteca de Babel - 03

ePub r1.3
orhi 24.02.2015

Título originales: *J. H. Obereit Besuch bei den Zeitengeln*
Der Kardinal Napellus
Die vier Mondbruder
Gustav Meyrink, 1915, 1916

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Astennu
ePub base r1.2

Prólogo

En Ginebra, hacia 1916, bajo el impulso de los volcánicos libros de Carlyle, emprendí el solitario estudio del idioma alemán. Mi conocimiento previo se reducía a unas cuantas declinaciones y conjugaciones. Adquirí un breve diccionario inglés - alemán y acometí, con una temeridad que sigue asombrándome, las páginas del Fausto *de Goethe y de* La Crítica de la Razón Pura *de Kant. El resultado es previsible. No me dejé arredrar y agregué a aquellos impenetrables volúmenes el Lyrisches Intermezzo de Heine. Consideré, no sin justificación, que sus coplas en razón de su obligada brevedad, serían menos arduas que las estrofas intrincadas de Goethe o que los párrafos informes de Kant. Fue así en el prodigioso mes de mayo del primer verso* —im wünderschönen Monat Mai—, *que fui arrebatado mágicamente a una literatura, que fiel me ha acompañado toda mi vida.*

Creí entonces saber el alemán, que todavía no sé. Poco después, la baronesa Helene von Stummer, de Praga, cuya muerte no ha borrado en nuestra memoria su tímida sonrisa, me dio un ejemplar de un libro reciente, de índole fantástica, que había logrado, increíblemente, distraer la atención de un vasto público, harto de las vicisitudes bélicas. Era El Golem *de Gustav Meyrink. Su ostensible tema era el ghetto. Voltaire ha observado que la fe cristiana y el Islam proceden del judaísmo y que los musulmanes y los cristianos abominan imparcialmente de Israel. Durante siglos, en Europa, el pueblo elegido fue confinado en barrios que tenían algo o mucho de leprosarios y que, paradójicamente, fueron invernáculos mágicos de la cultura judía. En esos lugares germinó un ambiente sombrío y, a la par, una ambiciosa teología. La cábala, de raíz española, y atribuida, por su inventor, Moisés de León, a una secreta tradición oral que datería del Paraíso, encontró en los ghettos un terreno propicio para sus extrañas especulaciones sobre el carácter de la divinidad, el poder mágico de las letras y la posibilidad de que los iniciados crearan un hombre, como el hacedor había creado a Adán. Ese homúnculo se llamó* El Golem, *que en hebreo significa terrón de tierra, así como Adán quiere decir arcilla.*

Gustav Meyrink hizo uso de la leyenda, cuyos pormenores detalla, para esa inolvidable novela que reúne el ámbito onírico de Alicia detrás del espejo con un palpable horror que no he olvidado al cabo de los años. Hay, por ejemplo, sueños soñados por otros sueños, pesadillas perdidas en el centro de otras pesadillas. El índice mismo incitó mi curiosidad; el nombre de cada capítulo consta de un solo monosílabo.

A diferencia de su contemporáneo, el joven Wells, que buscó en la ciencia la posibilidad de lo fantástico, Gustav Meyrink la buscó en la magia y en la superación de todo artificio mecánico. "Nada podemos hacer que no sea mágico", nos dice en "El cardenal Napellus" sentencia que hubiera aprobado Novalis. Otro símbolo de esta visión es el epitafio que el lector hallará en "J. H. Obereit visita el país de los devoradores del tiempo" que pese a su apariencia irreal, es verdadero, no sólo estética sino psicológicamente. El relato, narrativo al comienzo, va exaltándose hasta confundirse con nuestras experiencias y temores más íntimos. Los devoradores del tiempo rebasan la metáfora y la alegoría; corresponden a la sustancia de nuestro yo. Desde la primera línea el narrador está predestinado al fin imprevisible. "Los cuatro hermanos de la luna" incluye dos argumentos; uno deliberadamente irreal que en forma irresistible lleva al lector y

otro, aún más asombroso, que nos revelan las páginas finales. Hacia 1929 yo vertí al español el primer texto de este volumen, que procede del libro de relatos Fledermäuse, y lo publiqué en un diario de Buenos Aires, que envié a Meyrink. Éste me contestó con una carta en la que, a través de su desconocimiento de nuestro idioma, ponderaba mi traducción. Me envió asimismo su retrato. No olvidaré los finos rasgos del rostro envejecido y doliente, el bigote caído y el vago parecido con nuestro Macedonio Fernández. En Austria, su patria, los muchos acontecimientos de la literatura y de la política casi han borrado su memoria.

Albert Soergel ha conjeturado que Meyrink empezó por sentir que el mundo es absurdo y que por consiguiente es irreal. Estos conceptos se manifestaron primeramente en libros satíricos; luego, en libros fantásticos y atroces. Los tres relatos reunidos aquí prefiguran su obra capital , El Golem, *al que siguieron las novelas* Das grüne Gesicht *(1916), cuyo protagonista es el Judío Errante*; Walpurgisnacht *(1917)*; Der Engel vom westlichen Fenster *(1920), que ocurre en Inglaterra, en otro siglo, entre alquimistas* ; Der weisse Dominikaner *(1921) y* An der Schwelle des Jenseits *(1923)*.

Hijo de una actriz entonces famosa, Gustav Meyer, que modificaría su nombre en Meyrink, nació en Viena en 1868. Murió en 1932 en Starnberg, en Baviera, a orillas de un lago, casi a la sombra de los Alpes.

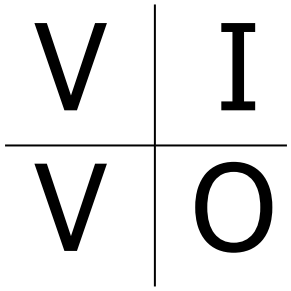
Meyrink creía que el reino de los muertos entra en el de los vivos y que nuestro mundo visible está, sin cesar, penetrado por el otro invisible.

Jorge Luis Borges

El cardenal Napellus y otros cuentos

J. H. Obereit visita el país de los decoradores del tiempo

Mi abuelo duerme el sueño eterno en el cementerio de Runkel, un pueblo olvidado del mundo. Sobre la piedra, totalmente cubierta de musgo verde, bajo la fecha desgastada por los años, encerradas en una cruz, resaltan con un oro tan brillante, como si hubieran sido grabadas ayer, las letras:



Vivo es la palabra latina que significa *yo vivo*, me explicaron cuando, todavía un niño, leí por primera vez la inscripción y se me grabó tan profundamente en el alma, como si el mismo muerto me la hubiera gritado desde el fondo de la tierra.

Vivo, yo vivo, ¡extraño lema para una sepultura!

Hoy resuena nuevamente dentro de mí y si lo pienso me veo como entonces: veo, con la imaginación, a mi abuelo, a quien nunca conocí, intacto, con las manos cruzadas y los ojos claros y transparentes como un cristal, inmóviles y desmesuradamente abiertos. Como quien en medio de la descomposición general, incorruptible espera, quieto y paciente, la Resurrección. He visitado los cementerios de muchas ciudades: siempre llevado por un sutil, incomprensible, deseo de leer otra vez aquella palabra que guiaba mis pasos, pero sólo dos veces encontré frente a mí el idéntico *vivo*, en Danzig primero y luego en Nuremberg. En ambos casos, los nombres habían sido borrados por el dedo del tiempo y, en ambos, la palabra *vivo* brillaba, clara y fresca, como si tuviera vida propia.

Yo siempre creí que mi abuelo no había dejado ni una sola línea escrita, tal como me lo habían dicho desde chico. Por eso, quedé tan conmovido cuando, no hace mucho, al abrir un compartimento secreto de mi escritorio, un viejo mueble de familia, encontré una gran cantidad de anotaciones hechas de su puño y letra.

Estaban guardadas en una carpeta en la que se leía este singular aforismo: “El hombre no puede escapar de la muerte, a menos que no renuncie a esperar y a confiar.” En seguida llameó dentro de mí la palabra *vivo,* que me había acompañado, como un vivido resplandor a lo largo de toda mi existencia y que, cada tanto se adormecía para reaparecer, sin motivo valedero, ya en el sueño, ya en la vigilia, y renacer de nuevo, una y otra vez dentro de mí. Si en alguna ocasión, se me había ocurrido pensar que aquel *vivo* sobre la tumba se debía a una inscripción dejada al arbitrio del párroco, el aforismo, impreso sobre la cubierta, me dio la absoluta seguridad de que en aquella palabra se escondía un significado mucho más profundo, que quizá hubiera dominado la vida entera de mi abuelo.

Página tras página, a medida que avanzaba en la lectura, esta convicción se fortalecía.

En esas páginas había demasiados conceptos referidos a asuntos privados y a otras personas que no puedo revelar a extraños. Bastará señalar sólo aquellos elementos que me permitieron conocer a Johann Hermann Obereit y que se relacionan a su viaje al país de los *devoradores del tiempo.*

De los documentos se deduce que mi abuelo pertenecía a la compañía de los *Hermanos Filadélficos*, una orden cuyas raíces se encuentran en el antiguo Egipto y que dice ser fundada por el legendario Hermes Trismegisto. Se encuentra una clara descripción de la forma de "estrecharse la mano" y de los gestos, que les permitían a los afiliados reconocerse entre sí. A menudo aparece el nombre de Johann Hermann Obereit, un químico que debía ser muy amigo de mi abuelo y que debe haber vivido en Runkel. Puesto que quería saber algo más, sobre la vida de mi abuelo y sobre la oscura filosofía universal, que hablaba a través de cada línea en sus cartas, decidí ir a Runkel, para averiguar si, por casualidad, existían todavía descendientes del mencionado Obereit y si, acaso, tuvieran en su poder alguna crónica de la familia.

Es imposible imaginar nada más irreal que aquel minúsculo pueblo, que, como un pedazo olvidado del medioevo, con callejuelas retorcidas en las que sobrevive un silencio de tumba, sobre el desigual empedrado donde brota la hierba, lleva su propia vida, insensible al estridente reclamo del tiempo, al pie de la fortaleza de Runkelstein, antigua residencia del príncipe Von Wied.

Por la mañana temprano ya estaba yo en el pequeño cementerio, y mientras caminaba de una tumba a otra, bajo el sol brillante, y leía mecánicamente en las cruces los nombres de aquellos que, bajo tierra, reposaban en sus féretros, fue como si retornara y reviviera toda mi juventud.

Desde lejos, por el centellear de las letras, reconocí el sepulcro de mi abuelo.

Un hombre viejo, con el pelo blanco, sin barba, de rasgos afilados, estaba sentado delante de la tumba, apoyada la barbilla sobre la empuñadura de su bastón de paseo. Me observaba con una mirada extrañamente vivaz, con la expresión de quien se encuentra frente a una maraña de recuerdos evocados por la semejanza de un rostro.

Vestido a la moda antigua, con cuello alto y corbata de seda negra, parecía el retrato de un antepasado. Quedé tan asombrado de su aspecto, tan fuera del presente, y me había devanado tanto los sesos con todo lo que tenía que ver con lo escrito por mi abuelo, que, sin darme cuenta, dije a media voz el nombre de *Obereit*.

—Sí, mi nombre es Johann Hermann Obereit —dijo el viejo señor sin mostrarse extrañado en lo más mínimo. Quedé casi sin aliento y no contribuyó a disminuir mi estupor lo que supe de sus labios.

No ocurre todos los días encontrarse frente a una persona que no parece mucho más vieja que uno y que ya ha visto, sin embargo, transcurrir siglo y medio. No obstante mi pelo blanco, me sentí como un chiquilín, mientras paseábamos juntos y él me hablaba de Napoleón y de otros personajes históricos que había conocido, como se habla de personas recientemente desaparecidas.

—En la ciudad me toman por mi propio nieto —dijo sonriendo, señalándome la tumba que dejábamos atrás y cuya fecha era 1798—. Desde el punto de vista legal tendría que estar sepultado aquí, he dejado que escribieran la fecha de la muerte, porque no deseo ser señalado por el pueblo como un moderno Matusalén. La palabra *vivo* —agregó como si me hubiese leído el pensamiento—, se coloca sólo cuando realmente sobreviene la muerte.

Trabamos rápida amistad y me pidió que aceptase su hospitalidad.

Había transcurrido un mes y, a menudo, nos demorábamos en animadas discusiones hasta altas horas de la noche, pero cambiaba siempre de conversación cuando le preguntaba qué quería decir la frase impresa en la cubierta: "El hombre no puede escapar de la muerte, a menos que no renuncie a esperar y a confiar." Sin embargo, una tarde, la última que pasamos juntos, la conversación nos llevó a los

antiguos procesos a las brujas y yo sostuve que sólo podía tratarse de casos de histeria femenina. Me interrumpió bruscamente.
—Usted, ¿no cree que el hombre pueda abandonar el cuerpo y trasladarse, digamos, hasta Blocksberg?
Sacudí la cabeza.
—¿Debo probárselo? —preguntó sin más, mirándome fijamente.
—Admito de buena gana —le aclaré—, que las llamadas brujas, gracias al empleo de narcóticos, caen en estado de éxtasis y están absolutamente convencidas de que vuelan a caballo en una escoba.
Quedó pensativo un instante.
—Es verdad. Siempre podrá decir que también yo me lo he imaginado solamente —murmuró como si pensase en voz baja, y cayó en un estado meditabundo. Por fin, se levantó y tomó un cuaderno de un estante.
—Pero, quizá le interese la relación que escribí hace años, cuando intenté la experiencia. Debo anticiparle que, por entonces, yo todavía era joven y estaba lleno de esperanzas.
Me di cuenta por su mirada, cada vez más perdida, que su espíritu rememoraba tiempos muy lejanos.
—Creía en eso que los hombres llaman la vida. Hasta que cayeron sobre mí, golpe tras golpe; perdí aquello que más quiere uno en el mundo, la mujer, los hijos, todo. Fue entonces, cuando el destino me hizo encontrar a su abuelo. Él me enseñó a comprender qué son los deseos, qué es la espera, qué es la esperanza, cómo están estrechamente vinculados y cómo se puede arrancar la máscara al rostro de estos fantasmas. Los habíamos llamado los *decoradores del tiempo*, porque, así como hacen las sanguijuelas con la sangre, ellos aspiran de nuestro corazón la linfa vital, el tiempo. En este mismo cuarto me enseñó los primeros pasos del camino que lleva a la victoria sobre la muerte, a aplastar la cabeza a la víbora de la esperanza…
Y, desde entonces…
Se interrumpió un momento.
—Sí. Desde entonces me he convertido en un pedazo de madera, totalmente insensible, tanto si se lo acaricia o si se lo deshace, o si se lo echa al fuego o al agua. Desde entonces, el vacío existe dentro de mí. No he buscado jamás ningún consuelo; no lo he necesitado. ¿Por qué lo habría debido buscar? Ahora lo sé: *yo soy* y sólo ahora vivo. Hay una sutil diferencia entre un *yo vivo* y el otro.
—Usted habla de todo esto de un modo muy simple, pero es algo terrible —contesté profundamente impresionado.
—Sólo en apariencia —me contestó sonriendo—. De un corazón impasible emana un sentimiento de felicidad que no puede usted imaginar, en absoluto. Es como una eterna y dulce melodía, este *yo soy* nunca se extingue una vez que ha nacido; ni cuando el mundo exterior despierta nuevamente en nuestros sentidos, ni tampoco ante la muerte. ¿Quiere que le diga por qué los hombres mueren tan jóvenes y no viven, por ejemplo, mil años, como se cuenta en la Biblia de los patriarcas? Son como los verdes brotes de un árbol: han olvidado que pertenecen a la cepa, por eso se marchitan al llegar el otoño. Pero quiero contarle cómo fue la primera vez que abandoné mi cuerpo. Hay una antiquísima y secreta doctrina, tan antigua como la raza humana, que se ha transmitido oralmente hasta nuestros días, pero que pocos conocen. Indica el modo de superar el umbral de la muerte, pero sin perder la conciencia y quien lo logra es, desde ese momento, el dueño de sí mismo: ha adquirido un nuevo yo y

lo que hasta entonces se le había mostrado como el *yo*, queda reducido a un simple instrumento, tal como sentimos la mano o el pie. El corazón y la respiración permanecen inmóviles, como en un cadáver, cuando el espíritu, apenas liberado, sale. Cuando nosotros emigramos como los israelitas de las ricas regiones del Egipto, de ambos lados las aguas del Mar Rojo se levantan como muros. Durante mucho tiempo y recomenzando cada vez desde el principio, entre extenuantes e indecibles tormentos, debí adiestrarme en la tentativa ya que no lograba separarme del cuerpo. Al principio me sentí fluctuar, como, cuando en sueños, a uno le parece volar, con las rodillas en movimiento y totalmente libre; pero, de pronto, fui absorbido por una negra corriente que corría del sur hacia el norte —en nuestro lenguaje la llamamos la contracorriente del Jordán— y que producía un ruido semejante al golpear de la sangre en los oídos. Muchas voces exaltadas, sin que alcanzara a ver de quiénes provenían, me imploraban que volviera atrás; comencé a temblar y confusamente angustiado, alcancé un peñasco que se levantaba delante de mí. Allí bajo la luz de la luna, vi una criatura, del tamaño de un niño a medio desarrollar, desnuda y sin señales de sexo, femenino o masculino. Tenía un tercer ojo en la frente, como Polifemo e, inmóvil, señalaba hacia el interior de la región.

"Luego de atravesar un matorral desemboqué en un sendero blanco y liso, pero no sentía la tierra bajo los pies y si trataba de tocar los árboles y las matas a mi alrededor, no lograba posar la mano sobre la superficie; me lo impedía siempre una sutil e impenetrable barrera aérea. Una pálida fosforescencia, como de madera podrida, cubría todo y aclaraba el camino. Los contornos parecían desdibujados, con una consistencia de molusco y extravagantemente agrandados. Jóvenes pájaros sin plumas, de redondos ojos insolentes, estaban acurrucados, inflados como gansos de engorde, en un gigantesco nido y chillaban hacia donde yo estaba. Un corzuelo, a duras penas capaz de mantenerse sobre sus patas, grande como un animal adulto, se sentaba perezosamente sobre el almizcle y me tendía torpemente el hocico. Había una indolencia de sapo en cada criatura con que me topaba. Poco a poco llegué a reconocer dónde me encontraba; en una región igualmente verdadera y real de nuestro mundo, que era, sin embargo, sólo un reflejo: en el reino de los dobles fantasmales, que se nutren de la médula de sus propias formas originales y terrestres hasta el hartazgo. Acrecentando más y más su volumen, cuanto más aquéllas se consumen en la esperanza vana y en la espera de gloria y de felicidad. Cuando en la tierra los animales jóvenes pierden la madre y esperan confiados durante largo tiempo el alimento, hasta que se mueren de hambre, nace, a su imagen, un fantasma, en esta condenada isla de espíritus, que succiona, como una araña, la vida que se pierde en las criaturas terrestres. Las fuerzas vitales de la naturaleza, que se disuelven en esperanzas, se convierten aquí en formas y mala hierba lujuriosa, y el suelo está saturado y fertilizado de las exhalaciones del tiempo consumido en la espera."

"Seguí andando; llegué a una ciudad llena de gente. A muchos de ellos los había conocido en el mundo. Recordé sus innumerables esperanzas fallidas y cómo, año tras año, andaban más encorvados y cómo no querían arrancarse del corazón el vampiro —su propio yo demoníaco— que les devoraba la vida y el tiempo. Aquí los vi bajo la forma de hinchados, flácidos monstruos de vientres gruesos, de carnes temblorosas, los ojos fijos y vidriosos sobre las mejillas tumefactas."

"Desde una casa de cambio que ostentaba el letrero:

AGENCIA FORTUNA

pujaba un gentío apretujado y burlón, que arrastraba tras de sí bolsas llenas de oro y torcía los hinchados labios en chasquidos de satisfacción; en grasa y gelatina se transformaban los fantasmas de todos los que en la tierra se consumieron en insaciable sed de triunfar en el juego."

"Entré en un salón, que parecía un templo, cuyas columnas se levantaban hasta el cielo; aquí, sobre un trono de sangre coagulada, estaba sentado un monstruo de cuerpo humano, con cuatro brazos, babeando el horrendo hocico de hiena; el dios de la guerra de primitivas tribus africanas, que, en sus supersticiones, ofrecen víctimas para implorar la victoria sobre el enemigo."

"Espantado, quise sustraerme a la atmósfera putrefacta que impregnaba el lugar y me precipité fuera. Con gran estupor me encontré frente a un palacio que superaba en magnificencia todo lo visto hasta entonces. Sin embargo, cada piedra, cada cresta del tejado, cada escalón me resultaban extremadamente familiares, como si yo mismo hubiese construido aquel edificio con la imaginación. Cual si fuera innegable señor y dueño de la casa, subí la ancha escalera de mármol y arriba, en la puerta, sobre una placa, estaba mi propio nombre."

Johann Hermann Obereit

"Entré y me vi a mí mismo, con vestido de púrpura, sentado a una mesa suntuosa, servido por mil esclavas en las que reconocí a todas las mujeres que, a lo largo de mi vida, aun fugazmente, habían arrebatado mis sentidos. Fui presa de un indecible disgusto al reconocer que ése, mi doble, desde que vivía se regodeaba ahí, en la embriaguez y en la orgía. Yo mismo lo había puesto en el mundo y le había regalado algo, cada vez que dejaba escapar de mi alma expectante, deseos y esperanzas; la mágica fuerza de mi yo."

"Con horror, me di cuenta de que mi vida entera estaba hecha de espera, en todas sus formas, sólo de espera; una especie de irrefrenable desangrarse y que el tiempo dedicado a la percepción del presente se podía calcular en horas." "Como una pompa de jabón, reventó delante de mí lo que hasta ese momento me había parecido la sustancia de mi vida."

"Le aseguro que, a pesar de todo lo que se realiza en la tierra, siempre, cada cosa, produce un nuevo aguardar y un nuevo esperar, el universo entero está impregnado del hálito pestilente producido por la muerte de un presente recién nacido."

"¿Quién no ha probado la enervante fatiga que se encuentra en la sala de espera de un médico, de un abogado, de una oficina administrativa? Y bien, esto que llamamos vida es sólo la sala de espera de la muerte."

"En ese instante, comprendí, de improviso, qué es el tiempo. Nosotros mismos somos formas producidas por el tiempo, cuerpos que parecen materia y que no son otra cosa que tiempo coagulado. Nuestro cotidiano marchitarnos delante de la tumba, qué es, sino reverter el tiempo, ayudados por la espera y por la esperanza; de la misma forma que el hielo, derritiéndose sobre el hogar, se vuelve agua."

“A medida que se adueñaba de mí este conocimiento, observé que mi doble temblaba y que el terror trastornaba su rostro. Entonces, supe qué tenía que hacer: luchar implacablemente contra los obscenos fantasmas que nos desangran como vampiros.”

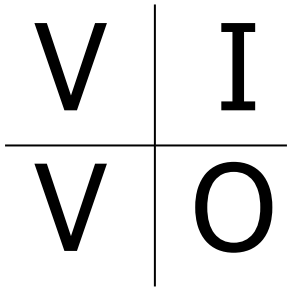
“¡Ah! Ellos, estos parásitos de nuestra vida, saben muy bien por qué se mantienen invisibles al hombre y se ocultan a su mirada. No de manera diferente la mayor perfidia del demonio es comportarse como si no existiera. Desde entonces he arrancado para siempre de mi vida el concepto de aguardar o de esperar.”

—Creo, señor Obereit —le contesté, cuando hubo terminado—, que me derrumbaría al dar un solo paso en el tremendo camino que ha elegido. Puedo muy bien imaginar que, a través de un incansable empeño, uno pueda lograr adormecer dentro de sí los sentimientos de la esperanza, sin embargo…

—¡Sólo adormecer! ¡Por dentro el esperar se transforma en vida! ¡Debe cortar el mal desde la raíz! —me interrumpió Obereit—. ¡Ser como un autómata, como un muerto aparente! No trate nunca de aferrar un fruto que lo atraiga, si a él va unida la más mínima esperanza. No mueva una mano y todo le caerá, maduro, en el regazo. Es verdad que, al principio, será como un vagar desconsolado, durante largo tiempo, por un denso desierto sin esperanza. Pero, de pronto, todo se aclarará en torno suyo y verá usted las cosas, las bellas y las feas, bajo una nueva e insospechada luz. Dejará de existir, entonces, para usted, *lo importante* y *lo no importante*, quedará inmunizado por la sangre del dragón como Sigfrido, y podrá decir de sí mismo: yo atravieso el infinito mar de una vida eterna con una vela blanca como la nieve.

Éstas fueron las últimas palabras que me dijo Johann Hermann Obereit; nunca más volví a verlo.

Han pasado muchos años. Me he obligado a seguir, lo mejor que he podido, los consejos que Obereit me dio. Pero el aguardar y la esperanza no quieren abandonar mi blando corazón, soy demasiado débil como para arrancar la mala hierba. Tampoco me asombra más, encontrar, muy de vez en cuando, entre las innumerables tumbas de los cementerios, una que lleve la inscripción:



El cardenal Napellus

Fuera de su nombre, Hieronymus Radspieller, o de que, desde hacía muchos años, vivía en el castillo en ruinas, casi no sabíamos nada de él. Había alquilado al propietario, un vasco viejo, rudo, siervo sobreviviente y heredero de una noble estirpe, extinguida en la soledad y en la melancolía, un piso entero y lo había hecho habitable con muebles antiguos y de gran valor.

Quien entraba en aquellos cuartos, quedaba asombrado y extrañado después de haber atravesado la maraña de una vegetación salvaje, donde todo parecía inanimado y yerto, donde el gran silencio no era nunca interrumpido por el canto de un pájaro. Sólo de vez en cuando, los lirones decrépitos y aterrados gemían de miedo bajo la violencia del *Föhn*[1], mientras el lago, como un verde ojo sombrío fijo en el cielo, reflejaba el paisaje de nubes blancas.

Hieronymus Radspieller pasaba casi todo el día en su bote y en las aguas quietas dejaba caer un brillante huevo metálico, sujeto por un fino hilo de seda: una sonda para explorar la profundidad del lago.

Estará al servicio de una sociedad geográfica —suponíamos nosotros—, cuando, por la tarde, de vuelta de nuestras excursiones de pesca, nos demorábamos un par de horas en su biblioteca, que amablemente había puesto a nuestra disposición.

—Supe hoy, casualmente, por la vieja mensajera, que le trae las cartas desde el otro lado del desfiladero, que se dice que Radspieller, en su juventud, fue monje en un convento, que noche tras noche se flagelaba hasta sacarse sangre y que su espalda y sus brazos están llenos de cicatrices —informó Mr. Finch, cuando la conversación recayó otra vez sobre Hieronymus Radspieller—. A propósito, ¿por dónde andará? Deben ser las once pasadas.

—Hay luna llena —dijo Giovanni Braccesco, señalando con su mano marchita, más allá de la ventana abierta, el brillante camino de luz que atravesaba el lago—. Podemos ver su bote, fácilmente, si miramos con atención.

Tras una breve pausa, sentimos subir unos pasos por la escalera, pero era el botánico Eshcuid, que había vuelto muy tarde de su expedición y venía a vernos al cuarto. Traía en la mano una planta de la altura de un hombre con unas espléndidas flores de un azul acerado.

—Sin lugar a dudas, es el ejemplar más grande de esta especie que he encontrado. Jamás habría pensado que el venenoso *anapelo* pudiese crecer hasta esta altura —dijo con voz afónica, luego de saludarnos con un gesto, y colocó la planta en el alféizar de la ventana, con mucho cuidado y de tal manera que ninguna hoja pudiera estropearse.

"Él está como nosotros", pensé, y tuve la impresión de que Mr. Finch y Giovanni Braccesco estaban pensando lo mismo. "Un hombre viejo, que vaga desasosegado por el mundo, como quien va en busca de su propia sepultura e, incapaz de encontrarla, recoge plantas que mañana estarán secas. ¿Para qué? ¿Por qué? Ya ni se lo pregunta. Sabe que su quehacer no tiene objeto, como nosotros lo sabemos del nuestro. Pero, lo peor es que estará completamente desmoralizado, sabiendo que todo lo que hace, grande o pequeño, no tiene objeto. Es la misma certidumbre que, también a nosotros, nos ha quebrantado a lo largo de toda la vida. Desde la juventud somos como los moribundos, cuyos dedos inquietos, que no saben de dónde agarrarse, recorren las cobijas, e intuyen que la muerte está en la habitación y que ya no importa si abrimos las manos o cerramos los puños…"

—¿Adónde irán cuando termine la estación de la pesca? —preguntó el botánico, luego de haber contemplado una vez más su planta, viniendo sin apuro a sentarse a nuestra mesa.
Mr. Finch se pasó la mano por la cabeza blanca, jugó con un anzuelo sin levantar los ojos y, cansado, se encogió de hombros.
—No sé —contestó, después de una pausa, Giovanni Braccesco distraídamente, como si la pregunta fuese dirigida a él.
Sin que cambiáramos una palabra, pasó una hora en medio de un silencio plomizo; podía sentir cómo me latía la sangre en la cabeza.
Al fin apareció, en el marco de la puerta, el rostro pálido y lampiño de Radspieller.
Tenía el aire tranquilo y cansado de siempre, mientras, con mano firme, se servía un vaso de vino y brindaba hacia nosotros.
Sin embargo, su presencia había traído un extraño estado de ánimo que, inmediatamente, se nos contagió. Sus ojos, por lo general cansados e indiferentes, cuyas pupilas, insensibles a la luz como en los mielopáticos, ni se contraían ni se dilataban, y que parecían, según afirmaba a menudo Mr. Finch, botones de chaleco de opaca seda gris con un punto negro en el centro, hoy recorrían el cuarto con agitación febril; se deslizaban sobre las paredes y las hileras de libros sin saber dónde posarse. Giovanni Braccesco encontró un tema de conversación, refiriéndose a nuestros raros métodos utilizados para capturar los viejísimos y musgosos siluros, que viven una noche eterna en la impenetrable profundidad del lago. Nunca suben hacia la luz del sol y rechazan cualquier seductora oferta de la naturaleza; aceptan sólo las más raras formas que el pescador pueda imaginar: plateadas láminas relucientes parecidas a manos humanas, que, en la punta de la línea, se retuercen delirantemente o, más bien, murciélagos de vidrio rojo con los pérfidos anzuelos escondidos en las alas.
Hieronymus Radspieller no escuchaba. Advertí que su pensamiento estaba lejos.
De pronto, estalló, como quien, custodiando un secreto peligroso durante mucho tiempo entre los dientes apretados, en un segundo, de golpe, se libera con un grito:
—Hoy, por fin… mi plomada ha llegado al fondo. Lo miramos sin comprender.
Me había sorprendido tanto el tono vibrante que, insólitamente, resonaba en sus palabras, que, durante un rato, sólo a medias me di cuenta de lo que estaba explicando. Estaba hablando de la manera de sondear el fondo del lago. Muchos cientos de brazas, debajo de la superficie, decía, había remolinos que apresaban la sonda, la mantenían en suspenso y no le permitían tocar el fondo sino en afortunadas ocasiones.
Pero, de nuevo, brilló como una luz en su relato, una frase triunfal: “Es el punto más profundo de la tierra que ha sido alcanzado por un instrumento humano.” Tales palabras se grabaron con caracteres de fuego en mi alma, sin que pudiera explicarme el motivo. Un espectral doble sentido resonaba en ellas, como si un ser invisible, dentro suyo, me hubiera hablado por su boca con símbolos secretos.
No podía apartar la mirada del rostro de Radspieller. ¡Tan irreal y fantástico se había vuelto! Si cerraba los ojos un instante, lo veía rodeado de brillantes llamitas azules: “los fuegos de San Elmo de la muerte”, fueron las palabras que se me ocurrieron y tuve que apretar fuertemente los labios, para no gritarlas.
Como en un sueño, cruzaron por mi mente fragmentos de libros escritos por Radspieller, que había

leído a ratos perdidos, cada vez más maravillado por su doctrina. Fragmentos ardientes de odio contra la religión, la fe, la esperanza y todo lo que en la Biblia habla de promisión. Es el rechazo, pensaba confusamente, que ha arrojado a su alma, después de una ascética juventud atormentada, del reino místico al terreno; el movimiento pendular del destino que lleva al hombre de la luz a las tinieblas.

Con esfuerzo, me arranqué del paralizante sopor, próximo al sueño que me invadía, y me obligué a escuchar con atención el relato de Radspieller, cuyas primeras frases todavía oía dentro de mí, en un lejano e incomprensible murmullo.

Sostenía el hilo con la sonda entre los dedos, haciéndola girar y, a la luz de la lámpara, despedía resplandores cobrizos, como un collar. Seguía diciendo:

—Ustedes, que son pescadores apasionados, conocen la excitante sensación producida por un imprevisto sacudón del hilo que sólo tiene de largo doscientas brazas; es la señal de que ha picado un pez grande y que, tras un instante, emergerá un monstruo verde, azotando el agua espumosa. Multipliquen esta sensación mil veces y quizá puedan comprender qué sentí dentro de mí, cuando este pedazo de metal me anunció, por fin: he tocado el fondo. Fue como si mi mano hubiese llamado a una puerta… Ha terminado un trabajo, que se prolongó por décadas. —Y agregó despacio, para sí, con voz angustiosa—: ¿Qué haré? ¿Qué haré mañana?

—Es un acontecimiento importante para la ciencia que una sonda haya tocado el punto más profundo de la corteza terrestre —contestó el botánico Eshcuid.

—¡Para la ciencia! ¡Para la ciencia! —repitió Radspieller como ausente, mirándonos a uno tras otro con aire interrogante—. ¡Y, a mí, qué me importa la ciencia! —dejó escapar por fin. Después, de pronto, se levantó.

Recorrió el cuarto un par de veces.

—Para ustedes, la ciencia es un fenómeno marginal, como para mí, distinguido profesor —exclamó, volviéndose de golpe, casi brusco, hacia Eshcuid—. Llámenla por su verdadero nombre: la ciencia es, para nosotros, sólo un pretexto para hacer algo, no importa lo que sea; la vida, la horrible y aterradora vida, que nos ha secado el alma, que nos ha robado nuestra íntima personalidad… y, entonces, para no gritar continuamente nuestra desesperación, corremos detrás de caprichos infantiles… para olvidar lo que hemos perdido. Sólo para olvidar. ¡No tratemos de engañamos!

Nosotros callábamos.

—Pero, nuestros caprichos, creo yo, encierran otro significado —continuó, mientras caía en una incontrolable agitación—. Se me ha ocurrido poco a poco y gradualmente, desde el fondo del alma me lo dice un sutil instinto, que, cada una de las empresas que llevamos a cabo, tiene un segundo significado mágico. No podríamos hacer nada que no fuera mágico. Lo sé perfectamente porque he sondeado casi la mitad de mi vida. Sé, también, qué significa que, a pesar de todo… de todo… de todo, al fin haya tocado el fondo. A través de un largo y fino cable, superando los remolinos profundos he establecido contacto con un reino, donde no penetran los rayos de este sol odioso, cuya mayor diversión consiste en matar de sed a sus hijos. Aparentemente, lo ocurrido hoy es un hecho sin importancia, pero quien sabe ver e interpretar, reconoce en la desdibujada sombra sobre la pared, al ser que está colocado ante la lámpara. —Sonriendo con picardía, agregó—: En dos palabras, les diré qué significado tiene para mí este hecho exterior: he conseguido lo que buscaba. A partir de hoy,

estoy inmunizado contra esas serpientes venenosas, que son la fe y la esperanza, capaces sólo de vivir a la luz. Lo supe por los saltos de mi corazón, en el momento en que, alcanzando mi objetivo, la plomada tocó el fondo del lago. Un hecho exterior, sin importancia, ha mostrado su íntimo rostro.
—¿Le ha ocurrido algo tan grave en su vida… en la época, supongo, que vestía la sotana? —preguntó Mr. Finch— ¿que haya herido así su alma? —agregó, bajando la voz, casi como para sí mismo. Radspieller no contestó. Parecía mirar una imagen que hubiera aparecido delante de sus ojos. Después se sentó de nuevo a la mesa, observando, inmóvil, a través de la ventana, la luna brillante y comenzó a contar, casi sin respirar, como un sonámbulo.
—Nunca fui sacerdote, pero desde muy joven un oscuro e irresistible impulso me alejaba de las cosas de la tierra. He vivido horas en que el rostro de la naturaleza se transformaba, frente a mis ojos, en una burlona mueca diabólica y montañas, paisajes, agua y cielo, mi propio cuerpo, me parecían los inexorables muros de una cárcel. Probablemente ningún niño sienta nada, cuando la sombra de una nube, pasando delante del sol, cae sobre un prado; yo, en cambio, era presa de un terror que me paralizaba y como si una mano me hubiera arrancado de golpe una venda de los ojos, alcanzaba a ver el secreto universo, lleno de torturas mortales, de millones de minúsculos seres vivos, que odiándose se torturaban, ocultos entre los tallos y las raíces de la hierba.
"Quizá el hecho de que yo viera, ya en esa época, la tierra sólo como una madriguera de asesinos sanguinarios pueda achacarse a una tara hereditaria; mi padre murió presa de un delirio religioso."
"Poco a poco, mi vida entera se transformó en una continua tortura interior inextinguible. No podía dormir, no podía pensar y día y noche, sin encontrar alivio, estremecidos y temblorosos mis labios formaban la frase de la plegaria: *líbranos del mal* hasta que, extenuado, me desmayaba."
"En mis valles hay una secta religiosa llamada *Los Hermanos Azules*. Cuando uno de ellos siente que va a morir, se hace sepultar vivo. El convento existe todavía. Sobre el portón está grabado en la piedra el escudo: una flor venenosa de cinco pétalos azules; el pétalo superior se parece al capuchón de un monje. Es el *Aconitum napellus,* el anapelo azul."
"Era un joven cuando me refugié en la Orden; era un viejo casi, cuando la abandoné."
"Dentro de los muros del convento hay un jardín, donde florece en el verano, un cantero cargado de esas mortíferas plantas azules, que los monjes regaban con la sangre de las heridas que se hacían autoflagelándose. El que entra en la comunidad debe plantar esta flor, que recibe, como en el bautismo, el nombre del neófito." "La mía se llamaba Hieronymus y se bebió mi sangre, mientras año tras año me consumía en la vana invocación de un milagro: que *el Invisible Jardinero* regase también con una sola gota de agua las raíces de mi vida."
"El sentido simbólico de esta insólita ceremonia del bautismo de sangre es que el hombre debe, mágicamente, plantar su propia alma en el jardín del Paraíso y fecundar su desarrollo con la sangre de sus deseos."
"Sobre la tumba del fundador de esta ascética secta, el místico cardenal Napellus, dice la leyenda que en una noche de luna llena creció un anapelo azul, hasta alcanzar la altura de un hombre. Estaba todo cubierto de flores y, cuando se abrió el sepulcro, el cadáver había desaparecido."
"Cuando en otoño las flores se secaban, recogíamos su venenosa semilla, parecida al corazón humano y que, según la secreta tradición de los Hermanos Azules, representa el *grano de mostaza* de la fe. Está escrito que, quien la posea, podrá mover las montañas… Y entonces la comíamos."

“Así como su terrible veneno enferma el corazón y lleva a los hombres a un estado entre la vida y la muerte, así, la esencia de la fe debía transformar nuestra sangre; convertirse en fuerza milagrosa en esas horas suspendidas entre el sufrimiento y el éxtasis.”
“Pero, con la sonda de mi conocimiento penetré más hondamente, todavía, en esta maravillosa metáfora; avancé un paso y observé el problema de frente: ¿Qué sucederá en mi sangre, cuando esté verdaderamente impregnada del veneno de la flor azul?”
“Entonces, todo, a mi alrededor, cobró vida, hasta las mismas piedras del camino me gritaron con miles de voces: una y otra vez cuando llegue la primavera, será regada la tierra hasta que brote una nueva planta venenosa, que lleve tu propio nombre.”
“En ese momento arranqué la máscara al vampiro que había alimentado por tanto tiempo y se apoderó de mí un odio infinito e inextinguible. Entré en el jardín y pisoteé la planta, que se había apoderado de mi nombre, Hieronymus, y se había nutrido hasta el hartazgo de mi vida, la pisoteé hasta que sobre la tierra, no quedó nada.”
“Desde entonces, mi existencia pareció llenarse de hechos maravillosos.”
“Esa misma noche tuve una visión: el cardenal Napellus llevaba en la mano, como una especie de cirio ardiente, el acónito azul de las flores de cinco pétalos. Sus facciones eran las de un cadáver, pero los ojos irradiaban una vida indestructible. Creí hallarme delante de mi propio rostro, tanto se me parecía, e, instintivamente, tuve miedo por mi cara, como quien encontrándose de pronto, que una explosión le ha arrancado un brazo, trata todavía de palparlo con la otra mano.”
“Entonces, a escondidas, entré en el refectorio y, embargado por un odio salvaje, forcé el cofre que debía contener las reliquias del santo para destruirlas.”
“Encontré solamente ese mapamundi que ven en el nicho.”
Radspieller se levantó, lo tomó y lo puso sobre la mesa, bajo nuestros ojos y reanudó el relato:
“En mi huida del convento lo llevé conmigo para destruirlo y aniquilar así lo que quedaba del fundador de la secta. Pero después, reflexionando, decidí que el desprecio sería más patente si vendía la reliquia y le regalaba el dinero a una prostituta.”
“Así lo hice en la primera oportunidad.” “Desde entonces he visto pasar muchos años, pero jamás he dejado de buscar la invisible raíz de la hierba maldita por la que la humanidad sufre, para arrancarla de mi corazón. Ya les he dicho, desde el momento en que me he despertado a la verdad, un *milagro* tras otro ha cruzado mi camino; pero yo he permanecido inquebrantable: ningún fuego fatuo ha sido capaz de atraerme de nuevo a las arenas movedizas.”
“Cuando comencé a reunir objetos antiguos —todo lo que ven en este cuarto se remonta a aquel período—, había algo en ellos que me llevaba a los ritos ocultos de origen gnóstico y al siglo de los camisardos. El mismo anillo de zafiro que llevo en el dedo, extrañamente tiene como emblema un anapelo, el escudo de los monjes azules, y me ha caído por casualidad entre las manos, revisando las mercaderías de un vendedor ambulante; sin embargo, nunca esto me preocupó. Y cuando un buen día, reencontrado en casa, me mandó un amigo de regalo este mapamundi, el mismo que había robado y vendido, la reliquia del cardenal Napellus, no pude menos que reírme a carcajadas por esta pueril amenaza de un necio destino.”
“No, acá arriba, en el aire limpio y sutil de las nieves y de los hielos, el veneno de la fe y de la esperanza no puede alcanzarme; a esta altura el anapelo azul no puede crecer. El proverbio: ‘Quien

quiera buscar en la hondura, debe subir a las montañas', tiene para mí un nuevo sentido."
"Por eso no vuelvo más a la llanura. Me he curado y aunque me llovieran en el regazo los regalos de todos los mundos angélicos, los tiraría como despreciables baratijas. Siga utilizándose el acónito como venenosa medicina para los enfermos del corazón y para los asténicos, allá abajo, en los valles; yo quiero vivir y morir aquí arriba, en presencia de la ley diamantina de las inmutables necesidades naturales, que ninguna aparición demoníaca puede quebrantar. Seguiré sondeando y sondeando sin objetivo, sin esperas angustiantes, contento como un niño que se complace con un juego, que todavía no ha sido corrompido por la mentira de que la vida tiene un sentido más profundo… Seguiré sondeando y sondeando… pero cada vez que choque contra el fondo, sentiré como un grito triunfal; sólo es la tierra lo que toco otra vez, nada más que la tierra… La misma tierra orgullosa, que rechaza fríamente en el universo la hipócrita luz del sol. La tierra, que por dentro y por fuera permanece fiel a sí misma, como este mapamundi, el último miserable despojo del gran señor cardenal Napellus, que es y permanecerá también por dentro y fuera, una estúpida madera."
"Y, cada vez, la gran garganta del lago me repetirá que es cierto que sobre la corteza terrestre, activados por el sol, crecen venenos terribles, pero que el interior de la tierra, sus abismos y precipicios son inmunes y las profundidades son puras."
El rostro excitado de Radspieller, cubierto de manchas, parecía el de un tísico. Una fisura se abrió en el énfasis de su discurso, todo el odio reprimido explotó. Apretó los puños.
—Si me fuese concedido un deseo, quisiera poder sondear con mi plomada hasta el centro de la tierra y poder gritar: ¡Mirad aquí, mirad allá; tierra y nada más que tierra!
Atónitos, alzamos los ojos hacia él, que de pronto, se había callado. Había ido hacia la ventana.
El botánico Eshcuid sacó la lupa, se inclinó sobre el mapamundi y dijo en voz alta, para disimular la penosa impresión dejada por las últimas palabras de Radspieller:
—La reliquia debe ser falsa y, por añadidura, de nuestro siglo; los cinco continentes —señalaba América— están perfectamente marcados sobre el globo.
Aunque la frase tuviese un tono común y desapasionado, fue incapaz de aligerar la atmósfera opresiva que se iba creando a nuestro alrededor y que, segundo a segundo, se agigantaba en una angustiosa amenaza.
De pronto, el cuarto pareció invadido por un perfume dulce y embriagador, como de arraclán o de torvisco.
"Viene del jardín", estaba por decir, cuando Eshcuid se adelantó a mi trémula tentativa de despertar de esa pesadilla. Pinchó el globo con una aguja y murmuró algo como:
—¡Qué raro! Hasta nuestro lago, un puntito insignificante, se ha indicado sobre el mapa. Pero, en ese momento, se interpuso nuevamente la voz de Radspieller desde la ventana, con un tono de estridente menosprecio:
—¿Por qué no me persigue más, como en otra época, en el sueño y en la vigilia, la imagen de Su Eminencia, el gran cardenal Napellus? En el Codex Nazaraeus, en el libro de la gnosis de los Monjes Azules, escrito alrededor del siglo II antes de Cristo, se profetiza a los neófitos: *Aquel que hasta el fin riegue con su sangre la mística planta será acompañado por ella, fielmente, hasta la puerta de la vida eterna; pero, ¡al sacrílego que la arranque, se le aparecerá delante como la muerte y su espíritu vagará fuera, en las tinieblas, hasta que llegue la nueva primavera!* ¿Qué significan estas

palabras? ¿Acaso están muertas? Yo digo que una predicción milenaria se ha roto conmigo. Por qué no aparece ahora, para que pueda escupirle en la cara, el cardenal Nap…
Un estertor ahogado le arrancó de la boca las últimas silabas. Me di cuenta de que había visto la planta azul, que el botánico, al regresar, había colocado sobre el alféizar de la ventana, y que la observaba. Quise levantarme e ir en su ayuda.
Un grito de Giovanni Braccesco me detuvo.
Bajo la aguja de Eshcuid, el pergamino amarillento del mapamundi se había desprendido, como la máscara de un fruto demasiado maduro y una gran y reluciente esfera de cristal se mostró a nuestros ojos.
En su interior —maravillosa obra de arte—, erguida, armada por un procedimiento incomprensible, la figura de un cardenal con capa y sombrero, sostenía en la mano, entre los dedos, como si fuera un cirio ardiente, una planta con flores de cinco pétalos de un color azul metálico.
Paralizado de terror, penosamente logré volver la cabeza hacia Radspieller.
Los labios blancos, los rasgos cadavéricos, de pie contra la pared, inmóvil como la estatuita en la esfera de cristal, y sosteniendo, también como ella, la flor venenosa en la mano, miraba a través del cristal, el rostro del cardenal.
Sólo el brillo de sus ojos traicionaba en él la vida; pero comprendimos que su alma se había hundido en la noche sin retomo de la locura.

Eshcuid, Mr. Finch, Giovanni Rraccesco y yo nos separamos a la mañana siguiente sin cambiar una palabra, casi sin saludamos; las últimas y angustiosas horas de aquella noche habían sido demasiado elocuentes para cada uno de nosotros, por lo que evitamos todo comentario.
Mucho tiempo he vagabundeado de aquí para allá, solo por el mundo, pero jamás he vuelto a encontrarlos.
Pero un día, después de muchos años mi camino me llevó de nuevo a aquella región; del castillo quedaban en pie los muros y entre las piedras, bajo un sol deslumbrante, una planta al lado de otra, altas como un hombre, relucía un inmenso cantero de flores metálico-azuladas:

el *Aconitum napellus*.

Los cuatro hermanos de la luna. Un documento

Rápidamente diré quién soy yo. Desde los veinticinco hasta los sesenta años fui criado del señor conde du Chazal. Antes había servido como ayudante del jardinero en el convento de Apanua, donde pasé, asimismo, los años monótonos y melancólicos de mi juventud. Aprendí a leer y a escribir gracias a la bondad del abate.

Era expósito; cuando recibí la confirmación fui adoptado por mi padrino, el viejo jardinero del convento y, desde entonces, llevo el apellido Meyrink.

Hasta donde puedo recordar, tengo siempre presente la sensación de un aro de hierro, ajustado alrededor de mi cabeza, oprimiéndome el cerebro y que me impide el desarrollo de lo que comúnmente se llama imaginación. Casi podría decir que me falta un sentido interior; quizá por eso mi vista y mi oído son agudos como los de un salvaje. Si cierro los ojos, veo hoy todavía con deprimente claridad, los perfiles rígidos y negros de los cipreses, recortados contra los muros descascarados del monasterio. Veo, como entonces, las desgastadas baldosas que formaban el piso del claustro, una por una; las podría contar, pero todo está helado, mudo, no me dice nada, tal como suelen hablarle las cosas a los hombres, según he leído a menudo. Revelo con toda franqueza mi condición pasada y presente porque quiero ser absolutamente creído. Me anima, además, la esperanza de que esto que escribo aquí, sea leído por hombres que saben más que yo y que me gratifiquen, con luz y conocimiento, sobre la cadena de insolubles enigmas que han acompañado el devenir de mi vida; siempre, claro está, que puedan y quieran hacerlo.

Si por una extraña circunstancia llegara a suceder que esta narración cayera bajo los ojos de los dos amigos de mi difunto segundo patrón, el maestro Peter Wirtzigh (muerto y sepultado en Wemsteindellnnen 1914, el año del estallido de la gran guerra), es decir, de los dos ilustrísimos doctores Chrysophron Zagräus y Sacrobosco Haselmayer, apodado "el Trasquilado Rojo" por su rostro; ruego a estos señores quieran considerar que no es el placer de chismorrear, ni la necia indiscreción, que me han movido a revelar algo, que quizá los mismos señores han tenido en secreto toda una vida; tanto más que un viejo de setenta años como soy, ha superado desde hace mucho la edad de estas pueriles necedades. Antes bien, motivos de orden espiritual son la base de esta decisión, tras la que pesa, fundamentalmente, una opresiva angustia sobre mi corazón; la de convertirme un día, cuando mi cuerpo haya dejado de existir… en una máquina (los señores sabrán seguramente lo que quiero decir).

Y ahora vayamos a mi historia.

Las primeras palabras que el señor conde du Chazal me dirigió, no bien entré a su servicio, fueron:

—¿Alguna mujer ha jugado un papel importante en tu vida?

Mi franca negativa pareció satisfacerlo visiblemente.

Aunque aquella vez no tuve dificultad alguna para negar, ni siquiera la habría tenido hoy, me vi, por un instante, mientras respondía, como una máquina inanimada y no como una criatura humana. Cada vez que cavilo sobre esto, una atroz sospecha se insinúa en mi cabeza; no me atrevo a expresarla en palabras, pero… ¿No existen acaso plantas, que no llegan a desarrollarse normalmente, que míseras se marchitan y terminan por tomar un color ceroso, como si nunca vieran el sol, sólo

porque cerca de ellas crece el zumaque venenoso que, desde su nacimiento, se alimenta de sus raíces?…

Durante los primeros meses me sentí muy a disgusto en el solitario castillo, habitado únicamente por el señor conde du Chazal, por la vieja gobernanta Petronella y por el suscripto. Poblado por todas partes de extraños aparatos antiguos, mecanismos de relojería y telescopios, tanto más que el señor conde no estaba exento de rarezas de todo género. Por ejemplo, podía ayudarlo a vestirse, pero no a desnudarse y, cada vez que me ofrecía a hacerlo, me contestaba invariablemente, que quería leer todavía. Sin embargo, debo admitir que, en realidad, andaba vagando en la oscuridad, porque a menudo, por la mañana temprano, encontraba sus botas recubiertas de una pesada capa de barro y de tierra pantanosa, aunque el día anterior no hubiese puesto los pies fuera de casa. Ni siquiera su aspecto era de los más atrayentes; su cuerpo grácil y enjuto no quería adaptarse a la cabeza y, aunque era bien proporcionado, por mucho tiempo, el señor conde me hizo la impresión de un jorobado, sin que pudiera determinar la razón.

Su perfil afilado, debido al mentón prominente y aguzado y a la barbita gris y en punta hacia adelante, tenía algo de medialuna, que se notaba muchísimo. Por otra parte, debía poseer una fuerza vital indestructible porque, en los muchos años que estuve a su servicio, no puedo decir que noté verdaderas y precisas señales de envejecimiento, salvo, si se quiere, la característica forma de medialuna del rostro, que parecía volverse cada vez más afilado y delgado.

En la aldea se decían cosas curiosas sobre su persona: que no se mojaba cuando llovía y otras historias parecidas; que de noche su figura sobrepasaba la casa de los campesinos, que los relojes se paraban…

Yo no prestaba atención a esas charlatanerías, aunque, de tanto en tanto, en el castillo, los objetos metálicos, cuchillos, tijeras, rastrillos y otros similares se imantaban durante un par de días y atraían, quedando pegados a ellos, plumitas de acero, clavos y otras menudencias. Pero se trata de un fenómeno natural del que no nos debemos de maravillar demasiado, me aclaró el señor conde, cuando le pregunté. El subsuelo, dijo, era de naturaleza volcánica y, por otra parte, en fenómenos del género, tiene su participación la luna llena.

El señor conde tenía una opinión desmesuradamente elevada de la luna, como se deduce de los hechos que voy a exponer. Cada verano, exactamente el 21 de julio y sólo por veinticuatro horas, un huésped, sin duda alguna fuera de lo común, visitaba el castillo, el mismo doctor Haselmayer, al que me referiré luego.

El señor conde, cuando hablaba de él, usaba siempre el sobrenombre de “el Trasquilado Rojo”, que no he comprendido nunca ya que no sólo el señor doctor no tenía pelo rojo, sino que no tenía ni un solo pelo, ni cejas, ni pestañas. Ya, en aquella época, me daba la impresión de un viejo, quizá a causa del extraño vestido anticuado con que, invariablemente se presentaba cada año; un sombrero de copa de un paño opaco, de color verde musgo, que se estrechaba hacia arriba, hasta parecer casi puntiagudo, una chaqueta corta de terciopelo a la holandesa, zapatos con hebilla y pantalones de seda negra hasta la rodilla, sobre unas piernitas tan cortas y delgadas, que resultaba intranquilizador. Quizá fuera ésta la única razón por la que parecía tan, tan… “cadavérico”, porque su simpática e infantil voz argentina y sus labios de niña, de contornos extraordinariamente delicados contradecían la impresión de vejez. Por otra parte, estoy seguro de que jamás sobre la faz de la tierra se vieron

ojos tan apagados como los suyos.

Con todo el debido respeto, debo agregar que tenía una cabeza de hidrocéfalo, y lo que es peor y que daba miedo, de apariencia blanda, blanda como un huevo cocido descascarado y esto cuenta no sólo para el rostro pálido y redondo sino también para el cráneo mismo. Cuando se ponía el sombrero, debajo de las alas se formaba, todo alrededor, una cámara de aire exangüe y cuando se lo sacaba, se necesitaba cierto tiempo antes de que la cabeza reconquistase, felizmente, la forma originaria.

Desde el minuto en que llegaba el doctor Haselmayer, hasta el momento de su partida, el distinguido señor conde y su respetable huésped, sin probar bocado, sin dormir, sin beber, hablaban ininterrumpidamente de la luna con un misterioso fervor que yo no entendía.

Su exaltación llegaba a su punto culminante cuando la noche de luna llena caía el mismo 21 de julio; esa noche iban hasta el pequeño estanque pantanoso del castillo y pasaban horas y horas mirando en el agua la imagen plateada del celestial disco.

Una vez que, casualmente, pasaba por allí, vi que luego los dos señores tiraban al agua pequeños pedazos blanquecinos, probablemente miga de pan y, cuando el doctor Haselmayer se dio cuenta de que yo los miraba, dijo rápidamente:

—Sólo estamos dando de comer a la luna… ¡Ah *pardon!*, quiero decir… a los cisnes.

Ahora bien, a lo largo y a lo ancho de todo el estanque no había ningún cisne, ni siquiera un pez.

Lo que pude oír esa misma noche me pareció misteriosamente vinculado con la escena que había visto y, por lo tanto, se me grabó palabra por palabra en la memoria; la transcribiré en seguida, con toda fidelidad.

Estaba acostado en mi dormitorio, todavía insomne, cuando oí, de pronto, en la biblioteca, del otro lado de la pared y donde nadie entraba nunca, la voz del señor conde, embarcado en un elaborado discurso:

—En base a todo lo que hemos visto hace poco en el agua, querido y estimadísimo doctor, creo que no me he equivocado al afirmar que nuestra tarea ha tomado un cariz excelente y que el antiguo precepto rosacruciano: *post centum viginti annos patebo,* esto es *manifestaré después de ciento veinte años*, debe interpretarse, sin duda, favorable a nosotros. Realmente a ésta la llamaría yo ¡una placentera fiesta del solsticio de verano, una verdadera fiesta del siglo! Ya en el último cuarto del recién terminado siglo XIX el principio mecánico ha predominado rápida y seguramente, pero, podemos afirmar con toda tranquilidad, que si las cosas continúan como nosotros esperamos, en este siglo XX la humanidad no tendrá casi tiempo para ver la luz del día, tan ocupada estará en pulir, aceitar, mantener eficientemente y reparar la masa de máquinas en continuo aumento. Hoy podemos asegurar, con razón, que la máquina ha llegado a ser un digno gemelo del antiguo becerro de oro. Piense usted que el padre que tortura a su hijo hasta la muerte, es condenado, como máximo, a catorce días de arresto; en cambio, quien daña a una vieja apisonadora debe estar tres años en un calabozo.

—Pero la fabricación de semejantes mecanismos es notablemente costosa —objetó el doctor Haselmayer.

—En líneas generales, es cierto —admitió cortésmente el señor conde du Chazal—. Pero, en verdad, no es éste el único motivo. A mi entender lo esencial reside en el hecho de que el hombre, en

realidad, representa algo terminado a medias y destinado un día a convertirse en mecanismo de relojería. A favor de esta evolución habla claramente el hecho de que ya hoy ciertos instintos, de ninguna manera secundarios, como por ejemplo la elección de una consorte apta para lograr el refinamiento de la raza, han disminuido al nivel del automatismo. No hay nada de extraño que el hombre vea en la máquina su verdadero descendiente y heredero y en la criatura camal, el hijo degenerado. "Si las mujeres parieran bicicletas o pistolas a repetición en vez de niños, los veríamos ir a todos entusiasmados, apresuradamente, a casarse. Si, en la edad de oro, cuando los hombres eran todavía poco evolucionados, creían sólo en lo que podían *pensar*, y gradualmente se llegó a la época en que creían sólo en lo que podían comer, ahora, finalmente, han alcanzado el ápice de la perfección: consideran real y auténtico sólo lo que… pueden vender."

"Ya que en el cuarto mandamiento dice: *Honrarás padre y madre, etcétera*, parece obvio que las máquinas que ponen en el mundo y que untan con el aceite más fino —mientras que para sí mismos se contentan con margarina—, devolverán multiplicadas por mil, todas las fatigas prodigadas y dispensarán toda clase de felicidad. Sólo olvidan una cosa, que también las máquinas pueden resultar hijos ingratos."

"En su confiada simplicidad imaginan que las máquinas sólo son cosas muertas, incapaces de reaccionar contra ellos, que se pueden tirar cuando no se necesitan. ¡Sí, cómo no!"

"¿Ha observado un cañón, estimadísimo amigo? Parece *muerto*, ¿no es cierto? Le aseguro que no hay general que reciba atenciones tan diligentes. Un general puede pescarse un resfrío y a nadie le importa, en cambio a los cañones los enfundan para que no se resfríen, o no se *herrumbren*, que es la misma cosa y hasta les ponen un sombrero para que no les llueva adentro."

"Bien, se podría objetar que el cañón grita sólo si se llena de pólvora y se le enciende la mecha; y un tenor, entonces, ¿no grita sólo cuando se le da la entrada y con la condición de que esté adecuadamente colmado de notas musicales?

Yo le digo que en todo el universo no hay una sola cosa que esté realmente muerta."

—Pero nuestra querida patria, la luna, ¿no es un cuerpo celeste privado ya de vida? ¿No está quizá muerta? —preguntó tímidamente el doctor Haselmayer con voz aflautada.

—No está muerta —le informó el señor conde—. Ella tiene sólo el rostro de la muerte. Ella es ¿cómo podría decir?, el lente convergente que como una linterna mágica, invierte la acción de ese maldito, presuntuoso sol, que embruja el cerebro humano proyectando al exterior, en una realidad aparente, toda suerte de formas concretas y hace germinar y respirar bajo las más diversas formas y manifestaciones el venenoso fluido de la muerte y de la putrefacción. Es realmente curioso —¿no le parece también a usted?— que, a pesar de todo, los hombres prefieran la luna entre los astros. Sus poetas, que tienen fama de profetas, la cantan con suspiros arrebatados y poniendo los ojos en blanco. ¡Ninguno palidece de miedo al pensar que desde millones de años, mes tras mes, un cadáver cósmico gira alrededor de la tierra! Son más cuerdos los perros, los negros en particular, que esconden la cola y aúllan a la luna…

—¿No me escribió, recientemente, apreciado señor conde, que las máquinas son creaciones directas de la luna? ¿Cómo debo interpretar esta afirmación? —preguntó el doctor Haselmayer.

—Creo que ha comprendido mal —lo interrumpió el señor conde—. La luna con su aliento venenoso únicamente ha saturado de ideas el cerebro humano y las máquinas son el resultado visible

de esta fecundación.

"El sol ha inoculado en el alma de los mortales el deseo de una alegría, de un gozo siempre mayores y, finalmente, la maldición de *crear obras perecederas con el sudor de la frente.* Pero la luna, fuente secreta de las formas terrestres, ha empañado esta realidad con un esplendor ilusorio de modo que se extravíen en una falsa imaginación y trasladen al exterior, en resumen, aquello que habrían debido mantener dentro de sí."

"Por lo tanto las máquinas han llegado a ser los cuerpos visibles de titanes producidos por las mentes de héroes empobrecidos. Y como *concebir o crear* algo quiere decir que el alma recibe la forma de lo que se *ve* o se *crea* y se confunda con ella; así, los hombres están ya encaminados sin salvación en el sendero que, gradual y mágicamente, los llevará a transformarse en máquinas, hasta que un día, despojados de todo, se encontrarán siendo mecanismos de relojería chirriantes, en perpetua agitación febril, como lo que siempre han tratado de inventar; un infeliz movimiento perpetuo."

"Pero nosotros, nosotros los hermanos de la luna, nos hemos convertido ahora en los herederos del *ser eterno*, de la conciencia única e inmutable, que no afirma *yo vivo*, sino *yo soy*, que sabe: *aunque el universo entero se desmorone, yo permanezco*

"Como podríamos, por otra parte, si las formas no fuesen simplemente sueños, cambiar, cada vez que lo deseamos, nuestro cuerpo con otro y aparecer entre los hombres bajo forma humana; entre los espectros como una sombra; entre los pensamientos como una idea, y esto gracias al secreto de saber despojarnos de nuestras formas como de un juguete elegido en sueños. De igual manera que un hombre enredado en la duermevela, que de pronto se da cuenta que está soñando, y expulsa el engaño de la noción del tiempo, en un nuevo presente, e imprime al sueño una dirección más feliz, tal como si saltase con ambos pies dentro de un nuevo cuerpo, porque el cuerpo, en el fondo, no es más que un estado etéreo, que compenetra todo, que está relacionado a la ilusión de la densidad."

—Perfectamente expresado —gritó con alegría el doctor Haselmayer con su dulce voz de niña—. Pero, ¿por qué entonces no hacemos partícipes a los terrestres de esta felicidad de la transfiguración? ¿Sería tan malo?

—¿Malo? ¡Inconcebible! ¡Aterrador! —estalló el conde con su voz estridente—. Piense un poco: ¡El hombre dotado de la capacidad de difundir la *cultura* en el cosmos!

"¿Cómo cree que se mostraría la luna al cabo de catorce días? En cada cráter habría un velódromo y todo alrededor pantanos de aguas cloacales, siempre que antes no se hubiera introducido el llamado *arte* dramático y el suelo no se hubiera esterilizado eliminando para siempre cualquier posibilidad de vegetación."

"O quizá, se ansíe que los planetas sean conectados telefónicamente a la hora del boletín de la bolsa y que las estrellas dobles de la Vía Láctea tengan la obligación de exhibir certificado oficial de matrimonio."

"No, no, mi querido, todavía, por un cierto período, el universo puede pasarla muy bien con su antigua rutina."

"Para ir a un tema más consolador, querido doctor… Pero, ya es para usted hora de decrecer, quiero decir de partir… Hasta pronto, entonces, en lo del maestro Wirtzigh en agosto de 1914; esto es, al comienzo del gran fin y nosotros desearemos festejar dignamente esta catástrofe de la

humanidad. ¿No es cierto?”

Antes de que el señor conde hubiese pronunciado las últimas palabras me había puesto mi librea para ayudar al doctor Haselmayer a hacer el equipaje y acompañarlo al coche. Apenas un instante después estaba en el corredor.

Pero vi que el señor conde abandonaba solo la biblioteca, en el brazo llevaba la chaqueta holandesa, los zapatos con hebilla y los pantalones de seda y también el sombrero verde de copa del doctor Haselmayer, mientras éste había desaparecido sin dejar rastros. Sin echarme una mirada, el ilustre señor conde entró en su dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Entre mis deberes de servidor bien educado estaba el de no maravillarme de nada de lo que mi señor encontrase justo hacer, pero no pude menos que desaprobar con la cabeza. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera conciliar el sueño.

Debo ahora saltarme muchos años.

Años sucesivamente monótonos que en la memoria aparecen amarillentos y cubiertos de polvo como fragmentos de un libro viejo, rico en vicisitudes intrincadas y extravagantes, leído en un tiempo impreciso, en el sopor de un estado febril en que la mente comprende y recuerda con dificultad.

Sólo una cosa sé con certeza; en la primavera de 1914 el señor conde me dijo:

—Estoy por hacer un viaje. Voy a… Mauritius —al decirlo me observó expectante— y deseo que tú entres a servir a un amigo mío, el maestro Peter Wirtzigh en Wemstein del Inn. ¿Me has entendido, Gustav? Te aviso que no toleraré ninguna objeción.

Me incliné en silencio.

Una linda mañana, sin ningún tipo de preparativos, el señor conde abandonó el castillo, como deduje de la circunstancia de que no lo encontré más y en su lugar, en el lecho con baldaquino, donde el señor conde dormía, encontré a un desconocido.

Se trataba, como se me notificó después en Wemstein, del señor maestro Peter Wirtzigh… Cuando llegué a la habitación del señor maestro, que miraba en la lejanía la corriente espumante del Inn, me preocupé en seguida de vaciar el contenido de las cajas y de las valijas para colocarlo en los cofres y en los arcones.

Me disponía, precisamente, a guardar en un alto armario gótico una vieja lámpara muy extraña; un ídolo japonés con las piernas entrecruzadas, transparente (la cabeza formada por una esfera de vidrio opalino, en cuyo interior una serpiente movida por un mecanismo de relojería levantaba entre las fauces un pabilo). Abrí, pues, el armario con esta intención y un horrible espectáculo me paralizó; vi el cadáver del doctor Haselmayer.

Por poco, del susto dejo caer la lámpara, pero, por fortuna reconocí a tiempo en el traje colgado y en el sombrero de copa del señor doctor los responsables de la macabra ilusión.

Sin embargo, el hecho me produjo una profunda impresión y me dejó como rastro un confuso presentimiento de algo amenazador, funesto, que no logré ahuyentar, a pesar de que en los meses siguientes no sucedió nada intranquilizador.

El señor maestro Wirtzigh mantenía, a mi entender, un comportamiento amable y cortés conmigo, pero se parecía demasiado en algunos aspectos al doctor Haselmayer, para no recordar el incidente del armario, cada vez que lo miraba. Su rostro era circular, como el del doctor, sólo que completamente oscuro, casi como el de un etíope, ya que desde hacía muchos años sufría los rastros

incurables de una larga enfermedad biliar, la melanosis. Si uno estaba a unos pocos pasos de distancia y no había muy buena luz, era imposible distinguir sus rasgos y entonces, la fina barba blanca de un dedo de largo, que iba por debajo del mentón hasta las orejas, resaltaba en el rostro como una perturbadora irradiación de opaca luminosidad.

La opresiva sensación que me atenazaba cesó en agosto, cuando, como un relámpago se difundió la noticia del estallido de una terrible guerra mundial. Recordé cómo, años atrás, el señor conde du Chazal se había referido a una catástrofe que incumbía a la humanidad. Quizá por esta razón, no lograba unirme con verdadera convicción a las invectivas que la gente de la aldea lanzaba contra el enemigo: tenía la impresión de que en el origen de este acontecimiento estaba la influencia secreta de fuerzas naturales cargadas de odio, que utilizaban a la humanidad como un títere.

El maestro Wirtzigh se mantenía completamente tranquilo, como quien ha previsto todo desde largo tiempo atrás.

Sólo el 4 dé septiembre pareció levemente intranquilo. Abrió una puerta, que hasta entonces había estado cerrada para mí, y me condujo hasta un salón azul abovedado con una sola ventana redonda en el centro del techo. Verticalmente, debajo de la ventana, de modo que la luz se proyectara directamente sobre ella, había una mesa redonda de cuarzo negro con una profunda concavidad en el centro. Alrededor de la mesa había doradas sillas talladas.

—Este anochecer, antes de que aparezca la luna —dijo el señor maestro— llenarás esta cavidad con agua fresca y limpia del manantial. Espero visitas de Mauritius y cuando sientas que te llamo por tu nombre, tomarás la lámpara japonesa de la serpiente, la encenderás, es de buen agüero que el pabilo arda sin llama —*agregó* medio vuelto sobre sí mismo— y empuñándola como una antorcha, te colocarás en aquel nicho…

Ya era noche cerrada, dieron las once, después las doce y yo seguía esperando y esperando.

Estaba seguro de que nadie había entrado en la casa. Me habría dado cuenta porque el portón estaba cerrado y rechinaba siempre con estrépito, cuando se lo abría y, hasta entonces, no se había escuchado ningún ruido. Había tal silencio de muerte, que el latido de la sangre me resonaba en los oídos como el rugido de la marejada. Por fin, escuché la voz del señor maestro llamarme por mi nombre, desde muy lejos, como si viniera desde mi propio corazón.

Con la lámpara iluminada por el pabilo, que ardía sin llama, semiaturdido por un sopor inexplicable que jamás había sentido, a tientas atravesé el oscuro recinto del salón y me coloqué en el nicho.

En la lámpara el mecanismo de relojería zumbaba quedamente y veía, a través del vientre rojizo del ídolo, el pabilo incandescente en la garganta de la serpiente girar lentamente y arrastrarse hacia arriba en forma apenas perceptible, en espiral.

La luna llena debía estar vertical sobre la abertura del techo porque el agua de la cavidad, en el centro de la mesa de piedra, reflejaba su imagen, como un inmóvil disco plateado, centelleante de pálidos reflejos verdosos.

Durante bastante tiempo creí que las sillas estaban vacías, pero, poco a poco, distinguí tres figuras sentadas y las reconocí cuando movieron sus imprecisos rostros. Al norte, el señor maestro Wirtzigh; al este, una persona desconocida, el doctor Chrysophron Zagräus, como supe luego, a través de la conversación; al sur, el cráneo calvo ceñido de una corona de amapolas, el doctor

Sacrobosco Haselmayer. Sólo la silla del oeste estaba vacía.

Poco a poco mi oído se fue aguzando, porque me llegaban como sopladas algunas palabras, a veces latinas, que no entendía; a veces, alemanas.

Vi al extranjero inclinarse hacia adelante, besar al doctor Haselmayer en la frente diciéndole *amada esposa.* Agregó una larga frase, pero demasiado bajo porque no pude entenderla.

Después, de pronto, el señor maestro Wirtzigh lanzó un discurso apocalíptico:

—Y delante de la silla había un mar vidrioso, como cristal, y en medio y alrededor cuatro animales, llenos de ojos por delante y por detrás… Y salió otro caballo, que estaba pálido, y se sentó encima, su nombre era Muerte y el Infierno lo seguía de cerca. A él se le permitía retirar la paz de la tierra y que unos se mataran a los otros y una gran espada le fue dada.

—Una gran espada le fue dada —respondió como un eco el doctor Zagräus. En ese instante, su mirada cayó sobre mí, entonces calló y preguntó susurrando a los otros si podían fiarse de mí.

—En mis manos se ha convertido, desde hace mucho tiempo, en un mecanismo de relojería, privado de vida —lo tranquilizó el señor maestro—. Nuestro ritual exige que un ser muerto a las cosas del mundo tenga la antorcha, cuando estamos reunidos. Es como un cadáver, lleva… su alma en la mano y cree que se trata de una lámpara que arde sin llama.

Un sarcasmo feroz resonaba en aquellas palabras y un súbito terror me heló la sangre, cuando me di cuenta de que no podía mover ninguna parte del cuerpo y que estaba rígido como un cadáver.

El doctor Zagräus retomó la palabra y prosiguió:

—Es cierto, el Cantar de los Cantares del odio brama a través del mundo. Lo he visto con mis propios ojos, al que se sienta sobre el pálido caballo y detrás suyo el ejército de máquinas de miles de formas diversas, nuestras amigas y aliadas. Hace tiempo que han conquistado el dominio de sí mismas, pero los hombres siguen creyendo que son sus patrones. Locomotoras sin conductores, cargadas de rocas, pasan haciendo estragos en una carrera loca, abalanzándose sobre ellos y sepultando a cientos y cientos bajo el peso de sus cuerpos de acero. El nitrógeno del aire se condensa en un nuevo explosivo mortífero; la naturaleza misma se afana en una espasmódica excitación para ofrecer generosamente sus tesoros a fin de extirpar, de una vez por todas, al monstruo blanco que desde tiempo inmemorial graba cicatrices sobre su rostro.

"Zarcillos metálicos de terribles espinos aguzados, crecen desde el suelo, apresan las piernas y desgarran los cuerpos; silenciosamente se alegran los telégrafos guiñándose unos a otros: de nuevo centenares de miles de la maldita nidada han sido aniquilados."

"Ocultos tras árboles y colinas, gigantescos morteros, tensos los cuellos hacia el cielo, con bloques de minerales apretados entre los dientes, esperan hasta que, engañosos molinos de viento, hacen con los brazos pérfidas señales y escupen muerte y destrucción."

"Víboras electrizadas palpitan bajo tierra. ¡Ahora! Aparece una minúscula chispa verdusca, ruge un terremoto y el paisaje se transforma en una enorme fosa común."

"Con ojos brillantes de animales de presa escrutan los reflectores en la oscuridad. ¡Más! ¡Más! ¡Más! ¡Dónde hay más! Y ya avanzan, vacilantes, con grises sudarios, rebaños exterminados, los pies sangrantes, los ojos apagados, tambaleando de cansancio, semidormidos, jadeantes los pechos, las rodillas desgarradas. Pero pronto, apremiantes resuenan los tambores con rítmica, fanática, gritería de faquires y fustigan el furor guerrero en los cerebros aturdidos, hasta que la furia homicida se

desencadena, rugiendo irrefrenable; hasta que el aguacero de plomo encuentra sólo cadáveres."

"De occidente a oriente, de América a Asia, todos corren hacia aquí, para la danza de la guerra, los monstruos de bronce, las bocas circulares, ávidas de muerte."

"Tiburones de acero rondan furtivamente las costas, asfixiando en su vientre a los que un día le dieron vida."

"Y hasta el que había quedado en casa, que parecía *tibio*, que durante mucho tiempo no había estado ni frío, ni caliente, que fabricaba antes sólo objetos pacíficos, se ha despertado y aporta su parte a la gran carnicería. Sin pausa, día y noche, soplan su aliento abrasador hacia el cielo y brotan de sus cuerpos hojas de espada, cartuchos, lanzas, cohetes. Imposible sentarse jamás, imposible dormir." "Siempre nuevos buitres gigantes quieren aprender a volar para ceñirse sobre las últimas guaridas de los hombres e, incansables, corren, adelante y atrás, millares de arañas de acero, tramando sus alas plateadas."

El discurso se interrumpió por un instante y vi, de repente, que el señor conde du Chazal estaba presente, de pie, detrás de la silla colocada hacia el occidente, los brazos cruzados sobre el respaldo, el rostro pálido y descompuesto."

Entonces, con gesto enérgico, el doctor Zagräus retomó la palabra:

—¿Y no asistiremos quizá a una resurrección fantasmal? Lo que reposa en las profundidades de la tierra, transformado en petróleo, la sangre y la carne de los dragones antediluvianos se despierta y quiere volver a la vida. Encendida y destilada en panzudas calderas, fluye ahora como gasolina en los ventrículos del corazón de los nuevos fantásticos monstruos del aire y los hace vibrar con nuevas fuerzas. ¡Gasolina y sangre de dragón! ¿Quién ve ahora la diferencia? Es como si fuera el demoníaco preludio del Juicio Universal.

—No hable del Juicio Universal, doctor —interrumpió precipitadamente el señor conde. Yo sentí en su voz un indefinible temor—. Suena como un presagio.

—¿Un presagio?

—Nosotros quisimos reunimos hoy, aquí, para festejar —comenzó el señor conde, después de haber buscado mucho la palabra—. Me he demorado hasta ahora en… Mauritius —confusamente supe que la palabra encerraba un oculto significado y que el señor conde no se refería a la tierra que lleva tal nombre—. Debo decir que desde hace tiempo he dudado sobre si es justo lo que veo en la imagen que, desde la tierra, se levanta hacia la luna. Temo, temo… Se me eriza la piel de horror si pienso que, dentro de poco, puede producirse un hecho inesperado que nos arrebate la victoria. ¿Qué quiero decir con esto? Me explicaré. Temo que un secreto sentido surja de la guerra actual; que el espíritu del mundo quiera separar los pueblos, unos de otros, de modo de formar por así decir, los miembros diferenciados de un mismo cuerpo. Pero, ¿para qué me sirve saberlo si no conozco la última intención? Los influjos que no alcanzo a discernir son los más poderosos. Yo les digo que un invisible crece y crece y no logro encontrar sus raíces. He interpretado los signos del cielo, que no me engañan; sí, también los demonios de los abismos se preparan para la lucha y pronto la corteza terrestre temblará como el pellejo de un caballo atormentado por los tábanos. Los grandes de las tinieblas, cuyos nombres están escritos en el Libro del Odio, otra vez han lanzado, desde el fondo del universo, un proyectil en forma de cometa, esta vez contra la tierra, como otras tantas veces contra el sol. Pero el proyectil ha equivocado la huella y ha vuelto hacia atrás, como el boomerang de los

negros de Australia, que faltando la presa vuelve a la mano del cazador… Con qué objeto, me preguntaba, este gran despliegue de fuerzas, si el fin del género humano parece ya asegurado por el ejército de las máquinas.

"Y entonces me cayó la venda de los ojos; pero sigo ciego, voy a tientas."

"¿No advierten ustedes cómo lo Imponderable, que la muerte no puede aferrar, se agranda en un aluvión inmenso que comparado a los mares, éstos son como un balde para enjuagar?"

"¡Qué enigmática es esta fuerza que durante la noche arrastra lo mezquino y transforma el corazón de un pordiosero en el de un apóstol! He visto a una pobre maestra adoptar a un huérfano sin proclamarlo a los cuatro vientos… y entonces, he tenido miedo."

"¿A qué parte del mundo ha ido a parar la potencia de la máquina, si las madres se regocijan cuando sus hijos caen, en vez de arrancarse los cabellos? Y, quizá, sea un signo profético, que todavía nadie haya podido aclarar por qué en las tiendas de las ciudades está colgado un cuadro que muestra una cruz en los Vosgos; la madera ha sido derribada a disparos de armas de fuego y el hijo del hombre…

¿Todavía permanece de pie?"

"Nosotros oímos batir las alas del ángel de la muerte sobre las comarcas, ¿están seguros que sea realmente el de la muerte y no las alas de un… otro? De uno de los que pueden decir *Yo* en cada piedra, en cada flor, en cada animal, dentro y fuera del espacio y del tiempo."

"Nada se pierde, se dice, entonces, ¿a quién pertenece la mano que recoge el entusiasmo que en todas partes se libera como una fuerza de la naturaleza y qué nacimiento originará y quién será el heredero?"

"Quizá está por venir, de nuevo, uno, cuyos pasos nadie puede detener, como ocurre cada tanto en el curso de los milenios. Es un pensamiento del que no puedo librarme."

—¡Pero que venga! Con tal de que también, otra vez, aparezca vestido de carne y de sangre —intervino, sarcástico, el maestro Wirtzigh—. Lo clavarán de nuevo con… mordaces burlas; nadie ha podido todavía vencer el escarnio y la risa irónica.

—Pero puede llegar sin tomar una figura aparente —murmuró, para sí, el doctor Chrysophron Zagräus— como el espíritu que, por un rato la otra noche, se posesionó de los animales. De pronto, los caballos pudieron hacer cuentas y los perros…, leer y escribir. Y, si luego, ¿brotase como una llama en el hombre?

—En ese caso debemos engañar la luz con la luz —intervino, con voz aguda, el señor conde— nosotros debemos, de ahora en adelante, habitar en los cerebros de los hombres como una nueva y falsa luz de una inteligencia engañosa, objetiva, hasta que lleguen al punto de confundir el sol con la luna y viceversa y aprender a dudar de todo lo que es luz.

Lo que siguió diciendo el señor conde no lo recuerdo. Pude, por fin, moverme y aquel estado de rigidez cristalina, que me había invadido hasta ese momento, gradualmente me abandonó. Una voz, dentro de mí, parecía susurrarme que debía estar en guardia, pero no estaba en estado de conseguirlo.

Sin embargo, extendí el brazo que sostenía la lámpara, como para defenderme.

Quizá la haya avivado un golpe de aire o quizá la serpiente habría llegado a un punto, en la cabeza del ídolo, donde el pabilo incandescente podría convertirse en llama, no sé. Sólo sé que una luz enceguedora golpeó mis sentidos como una explosión, nuevamente sentí que me llamaban por mi

nombre y que un objeto pesado caía en el suelo con un sordo estruendo.

Probablemente fuera mi propio cuerpo, porque, por un instante, abriendo los ojos antes de perder la conciencia, me vi en el piso, con la luna llena brillando sobre mi cabeza… Pero el salón parecía vacío y la mesa y los señores habían desaparecido.

Estuve en cama muchas semanas en un estado de profundo sopor. Durante mi lenta recuperación llegue a saber —he olvidado quién me lo dijo— que mientras tanto el señor maestro Wirtzigh había muerto y me había nombrado heredero universal de sus bienes. Pero, deberé permanecer en cama un período bastante largo todavía, por lo tanto, no me falta tiempo para reflexionar sobre lo sucedido y ponerlo por escrito.

Sólo que, a veces, de noche me ocurre algo extraño. Es como si en el pecho se me abriera un espacio vacío, infinito, hacia el este, el sur, el oeste y el norte y, en el centro, estuviera suspendida la luna, que crece hasta convertirse en un disco brillante, decrece, se oscurece, reaparece en delicada creciente… Y cada una de sus fases representa los rostros de los cuatro señores, tal como los vi, por ultima vez, alrededor de la mesa de piedra. Entonces, para distraerme, escucho con interés el salvaje griterío que llega hasta mí, atravesando el silencio que me rodea, desde un castillo de ladrones, situado en las cercanías, donde vive ahora el feroz pintor Kubin, que celebra en compañía de sus siete hijos desenfrenadas orgías hasta las primeras luces del alba.

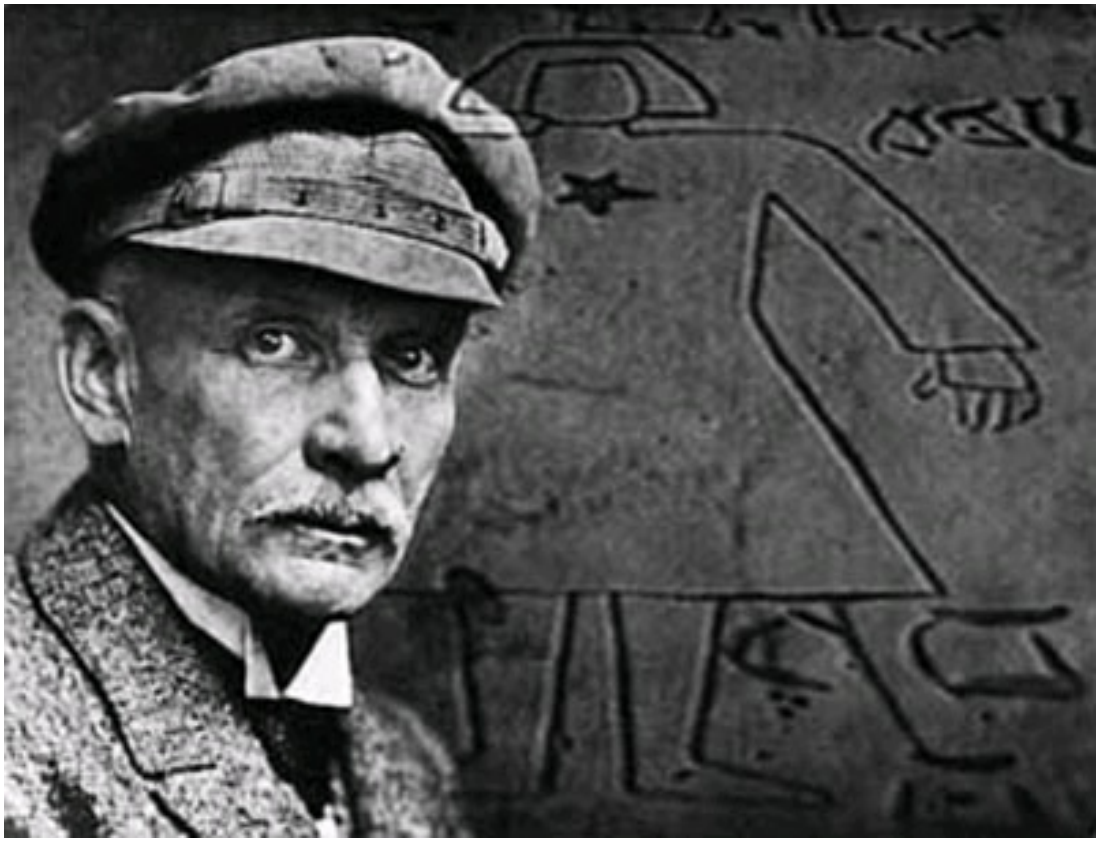
A veces, por la mañana temprano, la vieja gobernanta Petronella se acerca a la cama y me dice:

—Y ahora, ¿cómo está, señor… señor maestro Wirtzigh? —Quisiera entender que desde 1430, año en que se extinguió la estirpe, no existiría más un solo conde du Chazal en la faz de la tierra, como el cura párroco sabe con certeza. Quisiera hacerme creer que yo sería sonámbulo y que, precisamente, en un ataque de sonambulismo me habría caído de la cama y durante años me habría imaginado que era mi propio servidor. Tampoco existirían, lógicamente, ni un doctor Zagräus, ni un Sacrobosco Haselmayer.

—El Trasquilado Rojo, ese sí que existe —dijo un día con aire amenazador—. Está sobre la estufa y es, dicen, un libro mágico chino. Y se ve bien el buen efecto que hace cuando lo lee un cristiano.

Yo permanezco silencioso, porque yo sé lo que sé; pero luego, cuando la vieja ha salido, me levanto a escondidas y para comprobar mi certeza, abro el armario gótico y me convenzo:

Pero sí, naturalmente, aquí está la lámpara con forma de serpiente y abajo, colgados… el sombrero verde de copa, la chaqueta y el pantalón de seda del señor doctor Haselmayer.



GUSTAV MEYRINK es un narrador austríaco (Viena 1868 - Starnberg, Baviera 1932). Hijo natural de un ministro del rey de Wurtemberg y de una actriz. Su juventud transcurrió en las ciudades de Hamburgo, Munich y Praga, ciudad ésta última que le fascinaba entre todas y donde situó sus novelas más célebres.

Trabajaba en un banco, empleo que le desagradaba totalmente. Paralelamente, componía escritos satíricos y se dedicaba al estudio de los fenómenos parapsicológicos y de las ciencias ocultas. Entre las diversas facetas de su vida excéntrica y múltiple, figuró la de traductor de varias obras de Dickens. Asimismo, fue corresponsal de Kafka y de Thomas Mann. A partir de 1902, comenzó a componer cuentos fantásticos.

Es conocido sobre todo por su primera novela, *El Golem* (Der Golem, 1915), un clásico de la literatura fantástica del siglo XX. En ella, Meyrink ofrece una visión simbólica de este personaje legendario del folclore judío, que a su juicio encarna la potencia oculta (monstruosa e informe por estar aún "dormida") que anida en el inconsciente de todos los hombres, y en especial en el de los judíos del gueto de Praga.

Sus novelas posteriores, *El rostro verde* (1916) o *La noche de Walpurgis* (1917), desarrollan la misma fórmula: material tradicional procedente del folklore europeo, reinterpretado desde una perspectiva simbolista y esotérica, influida por la alquimia, la cábala, el budismo, el taoísmo y la masonería, pero enemiga de la teosofía y el espiritismo.

Notas

[1] Föhn: viento cálido del sur. *(N. de la T.)* <<